

CALABAZAS



en el trastero



Aparecidos



Presenta

CALABAZAS



en el trastero

CALABAZAS



en el trastero



Aparecidos

Créditos:

Primera edición digital: septiembre 2016

Código: COD 9785400038635050093

Ilustración de portada: Elías Fosco

Maquetación y diseño: Miguel Puente y Kachi Edroso

Corrección de estilo: Juan Ángel Laguna Edroso

Editor: Juan Ángel Laguna Edroso

Prólogo (cortesía de Noche): Víctor Conde

Autores: Enrique Cordobés, Andrés Díaz Hidalgo, Raelana Dsagan, Carlos García, Raúl Gómez Lozano, Juan Ángel Laguna Edroso, Fernando López Guisado, Miguel Martín Cruz, Pedro Moscatel, Sergi G. Oset, Óscar Pérez Varela, María Posadillo Marín y Víctor Selles

Edición: Saco de huesos

Paseo Fernando el Católico, 59. ED 5A, 50006 Zaragoza

Más información: www.sacodehuesos.com

Un proyecto de la asociación cultural La Biblioteca Fosca

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos (ww.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Prólogo

El gótico como literatura de escenarios y ambientes, la novela de misterio como literatura de tramas. La naturaleza eminentemente sexual del miedo. En literatura se ha descubierto muchas veces la rueda, y se ha pontificado mucho sobre las cualidades que debe tener un género (no me gusta ponerle a esta palabra el «sub» delante porque, aunque es lícito, suena despectivo) para ser considerado como tal. Pero es cierto que aunque nos revelemos contra los cánones preestablecidos, e intentemos hacer las cosas al revés a propósito para abrir nuevos caminos, ciertos tipos de historias y ciertas clases de escenarios derivan inevitablemente hacia unas sensaciones que tienen bastante que ver con el miedo.

El miedo. Menuda palabreja.

Es un concepto simple, y por todos conocido. Pero si nos ponemos a analizar cómo algo tan simple podría ser reducido a fórmulas no matemáticas, sino literarias, de modo que lográsemos destilar su esencia en un cuento, veremos que no es tan fácil. Es

muy complejo generar miedo en el lector. Crear un sentimiento de desasosiego o de asco hacia lo que se está leyendo es fácil. En el primer caso solo tienes que coger unos cuantos niños y hacerles vivir una experiencia aterradora. Eso siempre funciona, porque ataca directamente a uno de los programas que todos llevamos escritos en el *bioware* de nuestro cerebro, el que tiene que ver con la protección y el amor hacia nuestra descendencia. En el segundo caso, solo tenemos que acudir al gore y a las descripciones explícitas y desagradables sobre destripamientos, mutilaciones y demás barbaridades que se le pueden hacer a un cuerpo vivo. Con eso ya tienes garantizada una mueca de disgusto por parte del lector. Son trucos muy fáciles.

¿Pero el miedo? ¿Cómo conseguir que el lector lo sienta, cómo hacer que tenga que plantearse si quiere seguir leyendo nuestro libro en la cama, si quiere dormir esa noche? Aaaaahhh... eso no es tan fácil. No hay truquitos sencillos para que tu literatura dé genuino miedo. Y ahí es donde entran los cuentos de ambientes góticos, y los relatos de fantasmas subsumidos en el Romanticismo.

Escribir sobre aparecidos tiene puntos en común con la psicología conductista. Al igual que los perros

de Pavlov, cuya ley del reflejo condicional es ampliamente conocida, nosotros no salivamos pero sí que sentimos un cierto escalofrío cuando nos hablan de casas encantadas, de páramos llenos de niebla, de bosques donde las ánimas vagan furtivas y persiguen a los vivos. Los ruidos de cadenas, los gritos en las buhardillas, las telarañas, la piel de muselina ligeramente translúcida de esos torsos humanos que se ven al fondo de los pasillos... todo eso se confabula para que respiremos, más que sintamos, el miedo. Y vaya si nos gusta hacerlo. Nos encanta que nos asusten, y ahí es donde juega un papel importante la diferencia entre reflejo «condicionado» y «condicional», puesto que el primero es el estado al que llegamos mediante la estimulación artística y el segundo el objeto de nuestra disertación, el miedo en sí mismo.

Desde la primera novela gótica, *El castillo de Otranto* de Horace Walpole, hasta la más moderna derivación estética que es capaz de conseguir el cine, las maneras con que los autores de distintas épocas han conseguido atraer a los espíritus del Más Allá hasta nuestra misma puerta han sido variadas e imaginativas, y siempre nos hacen salivar... perdón, quise decir, estremecernos. Guau, guau.

Ahora, el relevo pasa a una nueva generación de autores. Las plumas modernas tienen la responsabilidad de hacer que sintamos ese inquietante picor en la base de la nuca que nos indica que hay algo más aquí, con nosotros, aunque no lo podamos ver. Que hay ojos que nos observan desde la oscuridad, pero que no están ocultos en ella, sino que forman parte indivisible de ella. ¿Podrán estos relatos que vais a leer a continuación hacer que dejéis el libro a medianoche sobre la mesita porque teméis no poder conciliar el sueño? Seguro que sí, porque en el fondo todos tenemos miedo de los aparecidos, aunque no creamos en ellos. Solo la posibilidad conceptual de esa cadena que se arrastra por el piso de arriba o el origen no humano de ese aullido desgarrador que trae el viento ya basta para ponernos los pelos de punta.

Y yo adoro que me asusten. La respuesta, al pasar la página.

Víctor Conde

Dejad que los niños se acerquen a mí

Por María Posadillo Marín

Desde el asiento del copiloto, miro a papá. Está blanco como el papel y parece haber envejecido muchos años de pronto. El ruido del coche subiendo a toda velocidad por el sendero de tierra llena todo el aire, pero apenas lo notamos. El silencio viene desde dentro y hace que me piten los oídos. Sé que a él le ocurre lo mismo. El mundo ha desaparecido ahí fuera. Un pensamiento oscuro nos está devorando. Estoy mareado.

Hace solo unas horas que subimos por esta misma cuesta por primera vez, pero ahora me parece que han pasado días.

Cuando llegamos a media mañana, el olivar ya nos esperaba a los lados de este camino lleno de arena; íbamos levantando un polvo tan seco y amarillo como los rastrojos de trigo que habían sido amontonados para ser quemados al atardecer. Casi

atropellamos a un par de niños que se cruzaron de golpe en mitad de la subida. Papá maldijo su estampa; estaba nervioso. Hacía una semana que había encontrado en Internet un trabajo temporal de topógrafo en aquella finca. Nunca había aceptado un encargo de esa manera, y no se fiaba, pero hacía demasiado tiempo que no le salía nada y mamá le dijo que había que agarrarse a un clavo ardiendo. Esa mañana, tras cruzarse los críos con el coche, le puso la mano en el hombro para calmarlo, y lo consiguió; siempre tenía ese efecto sobre él. Todos teníamos los nervios de punta: llevábamos dos horas enlatados, Elena había vomitado y, cuando al fin llegamos a lo alto de la loma, no teníamos claro si aquello de pasar todos juntos un fin de semana en el campo había sido buena idea. Al bajarnos, una bofetada de calor me dejó sin aliento. Agosto abría grietas en la tierra y también secaba los pulmones; en aquel cortijo perdido en medio de ninguna parte, aún más.

Un tipo alto al que no sabría calcularle la edad, con la piel oscura y ojos pequeños, nos esperaba en la puerta del caserón. Tenía el rostro cuarteado por el sol, igual que las manos, que eran enormes y sostenían un puñado de llaves de hierro. Nos miró

de arriba abajo con desconfianza, pero, cuando descubrió a la pequeña Elena tras las faldas de mamá, dibujó una mueca parecida a una sonrisa.

—Debe de ser el guarda —dijo papá—. El propietario ya me advirtió que no llegaría hasta esta noche. Imagino que empezaremos mañana con las mediciones. Vamos dentro.

La casa tenía los muros gruesos y en su interior la temperatura era bastante más baja. La penumbra alivió la sequedad de nuestros ojos, aunque el olor a cerrado hizo que mamá buscara inmediatamente una ventana para ventilar. La claridad dejó al descubierto un enorme salón con chimenea y cuernas de venado colgadas por todas partes. No me gustaban nada, pero me alivió ver que no había ninguna cabeza disecada. Los dormitorios ya estaban preparados: un cuarto para los mayores y una habitación de niños con tres camas. Elenita se lanzó de inmediato sobre un arcón de muñecas de trapo. A mí todo me olía a mueble rancio y tela apulgarada. El guarda apenas abrió la boca. Solo lo hizo para despedirse, levantando un poco la mascota de fieltro que le cubría la cabeza.

—Sean bienvenidos —soltó con voz grave y áspera—. Si necesitan cualquier cosa, no tienen más que

llamarme. Vivo en la casa que hay justo a la vuelta. Estamos pared con pared. Les escucharé.

—¿Cómo ha dicho que se llama? —preguntó mamá cuando nos quedamos solos.

—No tengo ni idea —contestó papá. Y se echó a reír.

Pero en seguida cambió el tono y soltó una blasfemia cuando descubrió que no había cobertura en el móvil. Yo comprobé algo aún peor: en aquel sitio la electricidad funcionaba de pena y no habría manera de cargar la batería de mi consola. Aquello era una mierda. El cabreo me sacó a trompicones de la casa y me dejó sentado bajo el porche de ramas de álamo que cubría la entrada. Las chicharras parecían haberse vuelto locas. El ruido que hacían desde los árboles era capaz de aumentar aquel calor sofocante. Entonces tuve la incómoda sensación de que me estaban observando.

Frente a la casa, al otro lado de la era, había un viejo molino de aceite y, pegado a este, lo que parecía un corral, porque a través de una trampilla a nivel del suelo se veían entrar y salir gallinas. Al otro lado se levantaba un edificio con pinta de establo, cerrado con un enorme portalón de madera. Justo a mi derecha había una cochera de tractores y, un

poco más lejos, un silo de trigo. A partir de ahí, solo se veía la campiña llena de olivos.

Esperé, concentrado, algún movimiento a mi alrededor. Apenas tardé unos segundos en distinguir unas cabezas agachadas detrás de la rueda de una segadora. Sabían que los había descubierto, y empezaron a asomar. Eran dos chicos. Los mismos que papá había estado a punto de llevarse por delante un rato antes. Se acercaban despacio, casi acechando. Yo los iba estudiando a medida que se aproximaban. Nunca había visto unos niños tan sucios; era como si todo el polvo de aquel paraje se hubiera quedado pegado a sus cuerpos con el sudor. No podía distinguir si su piel era morena o blanca bajo aquella capa color chocolate. Parecían no atreverse a acercarse del todo, y yo no estaba seguro de querer que lo hicieran.

El mayor adelantó el paso y se quedó a unos metros de mí.

—¡Oye, tú! —me gritó—. ¿Te vienes a jugar?

Contemplé esa posibilidad bastante inquieto, como si la invitación fuera para darme una paliza. Entonces vi algo en sus ojos: auténtica emoción. Tal vez sí que querían que fuera a jugar con ellos. Miré mis botas de campo, recién estrenadas, y sentí una

punzada de envidia al ver sus pies descalzos mientras los míos se cocían a fuego lento.

—¡Mamaaaaá! ¿Me puedo ir a jugar con estos niños?

Ella se asomó tras la puerta, los observó y puso gesto de preocupación; cruzó la mirada con papá, que en ese momento salía hacia la calle.

—Déjalo, mujer. Deben de ser los hijos del guarda. Le vendrá bien dejar un rato la dichosa máquina y relacionarse con seres humanos —dijo con el tono de reproche de siempre.

—Está bien, Alejandro, vete un rato —aceptó mamá—, pero no te alejes demasiado.

Me acerqué hasta ellos para presentarme, no muy convencido todavía.

—Yo soy Antonio —dijo entonces el chico alto—. También tengo trece años. Y este es mi hermano Josete.

El pequeño sonrió dejando al descubierto una enorme mella en las paletas superiores. Igual que la que tenía Elena.

Me giré para llamarla y que viera a los niños, pero ya nos había escuchado y estaba rezagada unos metros más atrás, aún bajo el porche. Mantenía la

mirada en un punto más alejado y saludaba con la mano. Entonces la vi: una niña, con el pelo largo y oscuro, llamaba a mi hermana desde la puerta del molino.

—¿Quién es esa? —pregunté.

El chico miró a su hermano y luego a mí. Dudaba.

—Es nuestra hermana Tere —dijo al fin—. Pero nunca juega con nosotros. ¡Vámonos ya! —apremió.

Salimos los tres en dirección al establo. Mi hermana corría detrás de nosotros y se agarró a mi mano.

—Yo también me voy a jugar —chilló entusiasmada.

—No, Ele, tú te quedas en la casa con mamá —le pedí, poco convencido de que mi petición tuviera algún efecto.

—Por favor, quiero ir con esa niña —dijo suplicante. Pero la chica ya no estaba.

—Solo los chicos —interrumpió Antonio.

Elena estaba a punto de romper a llorar, así que lo miré buscando un poco de aceptación.

—¡Déjala venir! —terció el pequeño—. Papá ha dicho que lleváramos a la niña con nosotros.

Su hermano se acercó un poco más a mí y colocó con fuerza su mano sobre mi hombro. Bajó tanto la

voz que me costó un poco escucharlo; pero sus palabras se abrieron paso en mi cabeza y noté una extraña punzada en el estómago:

–No dejes que nos acompañe.

No fue lo que dijo, sino cómo lo dijo.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Me volví hacia Elena y le ordené que regresara.

El sonido de su llanto recorrió toda la explanada, pero fue ahogado de inmediato por un tremendo portazo a nuestras espaldas y el estrépito de los cristales rotos de uno de los ventanales del molino.

–Tere se ha enfadado –murmuró Josete.

–Vámonos a jugar –ordenó Antonio.

Los niños de campo no juegan como los de ciudad; pude comprobarlo en seguida. Cuando llegamos al establo, empujaron la enorme puerta de madera apoyando sus cuerpos contra ella; esta cedió un poco, dejando un estrecho espacio por el que nos fuimos colando uno a uno. Dentro olía a humedad. Mis ojos se fueron adaptando poco a poco a una penumbra salpicada por algunos rayos de luz que entraban como podían por los enormes ventanales semicerrados. Dos largas hileras de pesebres de cemento llegaban hasta el fondo de la enorme nave,

pero no había ningún animal, solo algunas palomas que volaban de un lado a otro haciendo un extraño sonido con las alas, como si cortaran el aire, y después, se posaban en los hierros que sujetaban las grandes vigas de madera del techo.

Vi subir a los chicos con agilidad por una enorme pila de pacas de paja levantada en uno de los laterales. Había cientos de ellas. Formaban una gigantesca pirámide que se alzaba hasta lo más alto. Allí arriba empezaron a retirar los alambres que les daban la forma rectangular y a lanzarlas deshechas hacia abajo. Entonces observé que ya tenían un enorme montón de paja suelta en el suelo, casi de mi altura. Subí con ellos y me quedé pasmado cuando vi que se colgaban de los gruesos hierros que ahora quedaban a la altura de sus cabezas para coger impulso y se lanzaban al vacío para ir a parar sobre la blanda cama que habían hecho allá abajo. En plena caída gritaban eufóricos.

—¡Salta! ¡No tengas miedo! —me animaban—. ¡Es muy divertido!

Me asomé desde el borde para sopesar la altura y sentí mucho vértigo. Me agarré al hierro con fuerza para equilibrar mi cuerpo, que se aflojaba por momentos. Estaba demasiado alto. Y ellos estaban

muy lejos. Lejos y expectantes. Quería saltar, demostrarme a mí mismo que era un chico valiente, pero tenía los pies clavados sobre la inestable superficie de paja.

Un aire frío a mi espalda congeló las gotas de sudor de mi nuca.

—¡Salta! —dijo ella con voz suave.

El sobresalto hizo que perdiera el equilibrio y cayera.

Fue una sensación increíble. Los chicos aplaudieron mi acrobacia. Después, volvimos a escalar para repetir la hazaña.

La vi bajar a escondidas por el lado contrario de una manera extraña. Estaba demasiado oscuro, pero me pareció que descendía a cuatro patas, cabeza abajo, como lo haría una araña; iba demasiado rápido, no la distinguía bien. Se ocultó metiéndose por uno de los huecos que dejaba la enorme torre de pacas. Mientras esperaba mi turno de salto, me acerqué con curiosidad. Su juego también parecía divertido.

Me asomé dentro del agujero por el que había desaparecido. Se había formado una galería en el interior de la estructura de paja; los chicos debían haberla hecho desplazando aquellos fardos

rectangulares. Ella me esperaba unos metros hacia el fondo; había una extraña claridad que venía de su lado. Pude ver lo pálida que estaba. Comencé a seguirla en línea recta y, durante apenas un minuto, caminé reptando tras sus pasos por el improvisado túnel, subimos y bajamos hasta que me desorienté del todo. A medida que avanzaba, las voces de fuera sonaban cada vez más amortiguadas, como si estuvieran a kilómetros de distancia. Me detuve a respirar, noté que necesitaba hacerlo más fuerte. Entonces me di cuenta de que me faltaba el aire. Intenté dar marcha atrás, pero mi cuerpo apenas me permitía girar. Me dolía el pecho y estaba mareado.

—¡Tere! —grité—. ¡Ayúdame!

Cada vez había más oscuridad, solo podía ver el ligero resplandor de la niña cada vez más lejos. Sentí pánico. De repente, se volvió, contorsionándose sobre su propio cuerpo, y se colocó frente a mí a una velocidad aterradora. Sus ojos, a unos centímetros de los míos, eran completamente negros, y su mandíbula desencajada se abrió a punto de engullirme. Su grito se tragó el mío. Y todo se apagó.

Las mismas manos que habían tirado de mí hacia el exterior, ahora me zarandeaban para que

reaccionara. Me costó un poco recordar dónde estaba; la cabeza me dolía y comencé a llorar sin poder controlarme. Los chicos se miraban desconcertados, sin saber qué hacer.

—Quiero ir con mis padres —supliqué. La última imagen de mi consciencia se mantenía zumbando sin querer desaparecer. No podía dejar de temblar.

Los miré buscando ayuda.

—Estaba con vuestra hermana; o creo que era ella —titubeé.

—Tampoco nosotros sabemos si es ella —respondió Antonio, preocupado—. Tere no es cómo la recordábamos. Creíamos que nadie más podía verla así, como es ahora.

La piel se me erizó aún más.

—¿Y cómo es ahora? —pregunté, arrepintiéndome al instante de haberlo hecho.

—Es una muerta —escupió Josete.

—¡No es una muerta! —le corrigió su hermano—. Es un fantasma. Pero ella no sabe que lo es.

—¡Sí lo sabe! ¡Por eso está enfadada! —gritó el pequeño—. Porque no puede regresar a casa y está atrapada en el molino. Quiere sus muñecas.

Asistía como ausente a la conversación. Yo no estaba allí. Cerré los ojos con fuerza deseando que fuera un mal sueño, pero seguía escuchándolos.

—Madre quiso ir a buscarla para que no estuviera sola. Pero no lo logró. Padre dijo que los niños que mueren en un accidente van a lugares distintos a los que van los mayores que se quitan la vida.

»Por eso madre llora cada noche y él toma esas pastillas para dormir. Le pide que se lo lleve con ella, pero sabe que no puede dejar a mi hermana sola. Nunca se lo perdonaría, ni siquiera muerta —Josete se echó a llorar—, pero a ella no podemos verla; solo a la tonta de Tere, que siempre está enojada.»

—¡No es tonta, enano! —le dijo su hermano, empujándolo—. Es que está sola y se aburre. No tiene con quién divertirse. Solo estamos nosotros, pero no sabemos jugar a sus juegos.

—Ella no quería jugar conmigo —balbuceé—, intentaba hacerme daño.

Tenía tanto miedo que en medio de la penumbra de aquel establo no era capaz de ubicarme. Los chicos corrieron hacia la puerta, pero el pequeño espacio que habíamos dejado al entrar se había cerrado. Era imposible tirar de aquella mole desde dentro. Me agarraron de la camiseta y les seguí hasta

una puerta lateral de chapa, que se abrió chirriante al descorrer el cerrojo. La luz me cegó y la flama de la calle me quemó la piel, pero al menos era aire puro. Estábamos en el interior del corralón. De nuevo encerrados.

Miré el portillo por donde entraban y salían las aves, pero era demasiado pequeño para colarnos por él. Entonces, en mi desesperación, comencé a llamar a papá a voces.

—Si están en la casa no te oirán. Los muros son demasiado gruesos y estamos en la parte baja de la era.

Antonio me miraba con lástima.

—¿Estás seguro? —insistí.

—Lo hemos comprobado muchas veces. Antes, nosotros vivíamos allí. Cuando pasó lo de mi hermana y mamá, nos fuimos a la casa del guarda.

Yo lo miraba sin comprender, preguntándome quién diablos era entonces su padre. La observación que hizo segundos después disparó mis alarmas en otra dirección:

—Podemos entrar por la puerta de atrás del molino —se quedó pensando unos segundos—. No —negó finalmente—, padre siempre lo cierra con llave.

—¡Cuando veníamos hacia aquí estaba abierta! — chilló Josete—. Escuchamos cómo se cerraba de un portazo, no tiene la llave echada.

La sola posibilidad de atravesar aquel lugar me aflojó las piernas. Ellos me miraban esperando mi reacción. No parecía que hubiera muchas opciones.

Cuando nos adentramos en la parte posterior de la almazara, comprobé que era un lugar sombrío, como mi estado de ánimo. Un penetrante olor a podredumbre se instaló en mi nariz y anuló mi olfato. El suelo estaba resbaladizo y nos íbamos apoyando en unos tubos con roscas en forma de hélice que atravesaban la sala, tan oxidadas y sucias que manchaban nuestras manos de una pringue desagradable. En la sala contigua estaban las piedras de moler, enormes e inmóviles, sobre una superficie llena de esteras impregnadas de aceite.

Josete se detuvo junto a la puerta de un pequeño almacén.

—Aquí se ahogó nuestra hermana —anunció como hipnotizado.

Yo observaba aquel cuarto pestilente, de paredes oscuras y suelo de hormigón, sin entender cómo alguien podía morir ahogado allí.

Antonio se agachó a recoger un pedazo de cristal y lo lanzó en el interior de la habitación. El suelo pareció arrugarse bajo su peso y se hundió engullido por una masa espesa y parda.

—Es un pozo de alpechín —dijo—. Tere cayó en él el verano pasado.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo de pies a cabeza. Yo la había visto, había sentido su presencia; no era posible que estuviera muerta. Y, sin embargo, toda mi lógica se deshacía recordando aquella imagen horrible de su rostro desfigurado. No conseguía ver en ella a un ser humano. Eso era: podía sentir al monstruo que encerraba su espíritu. Completamente atontado, escuché a los chicos forcejear con la puerta y me volví hacia ellos rezando para que pudieran abrirla. Solo me giré un segundo, apenas un parpadeo. Pero me alcanzó.

La mano que surgió, de pronto, bajo el nauseabundo líquido, agarró con fuerza mi tobillo derecho y tiró hacia la alberca. Cuando el terror inmovilizó mis músculos y sumergió del todo mi cabeza, paré de luchar contra el miedo y me dejé arrastrar. Pensé en mamá, deseé que me salvara como hacía siempre que me asustaba de algo.

A punto de estallarme los pulmones, algo me impulsó desde el fondo, sacando la mitad de mi cuerpo fuera de la balsa. Había sido esa pesadilla con forma de niña.

—¡Déjame en paz! —le chillé con todas mis fuerzas—. ¡Aléjate de mí!

Me miraba fijamente, empapada en la misma mugre pringosa que yo. Sonreía con la repugnante sustancia oscureciendo sus dientes. Una baba oscura y pastosa empezó a chorrear de su boca deformada.

—¿Qué quieres de mí? —grité desesperado.

—No quiere nada de ti —me respondió su hermano mayor a mi espalda—. Por eso no te ha llevado con ella —siguió—. Está enfadada porque no has dejado que tu hermana pequeña viniera hasta aquí. La quiere a ella.

Entonces el verdadero terror se apoderó de mí. Y vomité.

La vieja puerta cedió finalmente a nuestros empujones y huí de allí tan rápido como pude. Tenía que avisarlos.

Cuando mamá me vio llegar se asustó mucho; puso su mano en la boca para ahogar una arcada. Mi

aspecto no era más horrible que el fétido olor que desprendía.

—¡Dios santo! Alejandro, ¿qué te ha pasado? — gritó papá cogiéndome en brazos justo antes de que cayera al suelo.

Mientras el agua de la bañera me espabilaba, intentaba contarles lo sucedido, pero la angustia que sentía paralizaba mi garganta, me cortaba la respiración y solo me dejaba balbucear palabras incomprensibles. Mamá me besaba sin parar, pero nada me calmaba. No me sentía a salvo en absoluto. Miraba a mi hermana que, agarrada a la pierna de papá, me observaba con cara de preocupación.

—¡Hay un fantasma que quiere llevarse a Elena! — dije al fin, sollozando.

Mamá comenzó a llorar también.

—Tenemos que llevarlo a un hospital. —Estaba muy nerviosa—. No sabemos dónde se ha caído, ni si ha tragado algo.

Papá miró el reloj.

—¡Maldita sea!, este hombre debería haber llegado ya para organizar el trabajo de mañana — hablaba para sí; luego se fue—. ¡Voy a buscar al guarda! —gritó desde la calle.

Tardó apenas tres minutos en regresar.

—¡Joder! ¡En esa casa no hay nadie! Está todo apagado. Debe de ser él quien está quemando los rastrojos allá abajo. —Se quedó unos segundos pensando—. Vamos a hacer una cosa: voy a ir a buscarlo y a decirle lo que ha pasado, si es que no se ha enterado ya. Quizás en el camino haya algo de cobertura y pueda hablar también con el dueño de la finca. Cariño, recoge las cosas; en cuanto regrese, nos vamos. Alejandro —dijo impaciente—, termina de vestirte, hijo, necesito saber qué ha pasado.

Dentro del coche nos dimos cuenta de que yo seguía apestando.

—Papá, ¿tú crees en fantasmas? —le pregunté cuando hubo arrancado. Durante el corto trayecto hasta donde estaban aquellos montones ardiendo, le conté la pesadilla de la que aún no había regresado.

—Hijo, esos chicos son unos gamberros y han estado jugando contigo de una manera bastante peligrosa. Te podía haber costado la vida.

—Pero decían que su hermana muerta se sentía sola y que quería a Elena con ella. ¡Hasta su padre quería que la lleváramos al molino!

No me creía. Buscaba en sus ojos un poco de entendimiento, pero estaba lejos de comprender nada de lo que le decía. Fingiría un horrible dolor de

estómago si era necesario, pero teníamos que salir de allí como fuera.

El dispositivo de manos libres soltó un pitido. Había vuelto la cobertura.

El primero de los mensajes saltó en el buzón de VOZ:

–Buenas tardes, Fernando. Llevo dos horas esperándole en la finca y empiezo a preocuparme. Espero que no hayan tenido problemas para llegar, o que no se haya arrepentido en el último momento. Por favor, póngase en contacto conmigo en cuanto le sea posible.

Noté que sus manos se tensaban.

Detuvo el coche y, sin escuchar el resto de los mensajes, comenzó a marcar en el móvil. Un desconocido respondió por el altavoz.

–¡Por fin da señales de vida, hombre! ¿Dónde se ha metido?

–No entiendo muy bien lo que está pasando. Creo... creo que nos hemos perdido – Papá parecía muy confuso—. Seguí todas sus instrucciones. ¿Es posible que estemos en otro lugar? No lo entiendo. El encargado parecía esperarnos y...

–¿Quiere decir que están en otro cortijo? – interrumpió la voz al otro lado—. ¿Pero dónde?

—¡No lo sé! —contestó nervioso.

—Describame el sitio —pidió.

Como si estuviera intentando recordar un paisaje olvidado hace años, iba dando la información a pequeñas dosis, de modo que empecé a apuntar detalles del lugar que papá repetía a continuación como un autómata.

—¡Por todos los santos! ¡Está usted en «El Socarral»! Debió pasarse el primer desvío; están a unos veinte minutos del camino de servicio que le indiqué —se hizo un breve silencio—. Tiene usted que salir de allí. El propietario de la finca no está en sus cabales —soltó a bocajarro—. El año pasado perdió a su mujer y a su hija en un accidente; bueno, en realidad fue la pequeña la que murió ahogada, la mujer apareció colgada de una viga en...

Papá desconectó el manos libres y cogió el móvil.

—No, estoy solo con mi hijo. Ellas siguen arriba —tiré de la manga de su camisa con gesto apremiante—. Mire, tengo que subir a buscarlas... Sí, por favor, encárguese usted de llamarlos, me sentiré más tranquilo si me manda a los civiles—. Papá no se molestó siquiera en apagar el teléfono. Sudaba. Arrancó de nuevo y dio la vuelta en redondo. Tuvo

que encender las luces; en unos minutos, el sol había desaparecido en el horizonte.

—¿Me crees ahora? —pregunté con un nudo en la garganta.

—Hijo, en este momento temo más a los vivos que a los muertos, créeme.

Ya estamos arriba. La ansiedad dispara los latidos del corazón, que suben hasta la sien golpeando sin piedad. Detiene el coche con brusquedad y deja los faros alumbrando la fachada del molino. No sé qué ha visto. Entonces, yo también me sobresalto ante la figura que grita arrodillada frente a la puerta. Es mamá, que llora y golpea desesperada. Papá sale a la carrera.

—¿Qué ha pasado? ¡Dime! —la zarandea, intentando hacerla reaccionar. Tiene un golpe en el rostro y le sangra la nariz.

—¡Se ha llevado a la niña! ¡Ese hombre se ha llevado a Elena! —su llanto es un gemido.

Papá la suelta y se lanza contra el portón, embistiendo la agrietada madera.

—¡Suelta a la niña, bastardo! —chilla fuera de sí—. ¡Elena!

Los alaridos de mi hermana resuenan en el interior, rebotando en las paredes.

Me acerco despacio, el tiempo se ha detenido y todo va a cámara lenta. Apenas percibo un leve zumbido a mi alrededor. Junto a la ventana sin cristales, los dos chicos se abrazan en el suelo formando un nudo de brazos y piernas. Están asustados. Mis ojos, secos, miran suplicantes.

–Decidle a vuestro padre que me devuelva a mi hermana –me oigo rogar.

Ellos no se levantan. El mayor me habla; no le escucho, pero puedo leer sus labios.

–Padre va a cumplir su promesa. Ya puede ir con nuestra madre. Tere no está sola.

El zumbido cesa. Un crujido me rasga los oídos. Elena ya no grita, ni se escucha el chapoteo dentro; papá y mamá también han enmudecido. No los miro, pero sé que están observando cómo me hago pis encima. Mis ojos están clavados en el interior del viejo molino, en el movimiento oscilante de unas botas de campo a la altura de mi cabeza.

Unas palabras de la autora de «Dejad que los niños se acerquen a mí», María Posadillo Marín:

Cordobesa afincada en Málaga. Aunque me desenvuelvo en el mundo de las ciencias, hace ya dos años me introduje por primera vez en foros y talleres literarios fascinada por la magia de la escritura. Deseando perder el miedo a mostrar mis historias, me animé a participar en distintos certámenes.

En este tiempo he ganado el concurso de microrrelatos en la Sortija de las Microjustas Literarias convocado por el portal Ociozero, volviendo a ser finalista en tres certámenes posteriores en las modalidades de Dardos al Sol y Microjustas. Este año, algunos de mis poemas y relatos han sido seleccionados para formar parte de la antología poética *Versos en el aire*, el libro *Otoño-Invierno* y la *Antología de relatos eróticos*, editados por la Sociedad de Diversidad Literaria; del libro de microrrelatos de cine de Arvikis-Dragonfly, de ediciones Cardeñoso; de la antología de relatos de terror *Calabacines en el Ático*, de la editorial Saco de Huesos; y, más tarde, he sido finalista en el último Certamen Literario el Secreter. Cada reconocimiento

es una oportunidad para seguir creciendo y continuar navegando en el mar de las letras con la ilusión del primer día.